

“El General Santa-Anna es el que ha desplegado más lujo, rodeándose de mayor número de ayudantes, y haciendo de cuenta del Estado algunos gastos exteriores en el Palacio, en muebles, útiles de mesa y servidumbre, y creo que nunca pasaron de 7 á 10 mil pesos cada mes, no siendo permanentes y fijos. Para honra de México se puede asegurar que la mayor parte de los presidentes se han retirado del puesto, pobres unos y otros hasta en la miseria, y á su muerte han venido á destruirse las calumnias esparcidas durante su vida por el espíritu de partido.

“Victoria murió lo que puede llamarse en la miseria, y una hacienda, el *Jobo*, que pasaba por suya era en realidad de la familia del Sr. Martínez de la Torre, quien la recibió en herencia.

“Guerrero no dejó sino unos cuantos pedazos de tierra, sin valor, en el Estado que lleva su nombre, y sus nietos viven hoy del fruto de su trabajo, y de los escasos bienes que les ha proporcionado la economía y honradez del Sr. Don Mariano Riva Palacio.

“Bustamente, hombre sin familia, morigerado y económico, apenas tuvo con que subsistir durante su destierro en Europa.

“El General D. Miguel Barragán murió en una pobreza tal, que su hija tuvo, pocos meses después del fallecimiento de su padre, que buscar su honrosa subsistencia estableciendo un expendio de tabacos.

“Don Valentín Canalizo, que también desempeñó la Presidencia, y que obtuvo diversos empleos militares de categoría, no dejó á su muerte ni la más insignificante cantidad para que se pudieran educar sus hijos que estaban en los colegios.

“Don Valentín Gómez Farías, al siguiente día que dejaba el Gobierno tenía que recurrir á la generosidad de sus amigos; y todos sus grandes bienes consistían en una casa de poco valor en el pueblo de Mixcoac, la que encierra los restos de tan honrado y buen patriota.

“Al General Don José Joaquín Herrera, cuando estaba moribundo en una pequeña casa del rumbo de San Cosme, fué necesario que de la Tesorería General se le enviaran doscientos pesos, en cuenta de sus sueldos como militar antiguo, para las últimas medicinas y gastos de su entierro.

“Arista, cuya reputación y probidad se atacaron de la manera más injusta y acerba, murió en el extranjero favorecido por la buena amistad de Don Manuel Escandón, y cuando se liquidó su testamento, sus bienes no alcanzaron para pagar á sus acreedores.

“Don Ignacio Comonfort, apenas dejó á sus hijas un mezquino patrimonio, fruto de sus economías y resto de insignificantes propiedades que tenía antes de figurar en política.

“El Sr. Juárez, por último, disfruta sólo de 30,000 pesos de sueldo al año, del cual se le adeuda una gran parte.

“Según el Presupuesto decretado para el año fiscal de 1869, prosigue el Sr. Payno, el gasto de sueldos, personas y material de la Presidencia de la República, cuya nómina comprendía al Primer Magistrado de la Nación, su secretario particular, 2 escribientes, un conserje, dos porteros, gastos de Secretaría, alumbrado, aseo y demás gastos de Palacio, dos mozos y Estado Mayor del Presidente; ese gasto se elevaba á la suma de 71,211 pesos, lo cual pone de manifiesto un hecho práctico, innegable y al alcance de todo el mundo, y es el siguiente: que con menos de la mitad de lo que en un solo mes percibía Maximiliano, como se verá más adelante, bastaba para satisfacer durante todo un año los gastos de la Presidencia, incluyendo oficina, escolta, ayudantes y otros muchos gastos que exige un edificio como el Palacio de México.

“El Archiduque, continúa el Sr. Payno, se asignó la suma de 125 mil pesos mensuales, y la Emperatriz la de 16,666 pesos 66 centavos, formando ambos al mes la de 141,666 pesos 66 centavos y al año 1.700,000 pesos.

“Ahora bien, conforme al presupuesto citado, importaba el total vencimiento:

Del Cuerpo Legislativo.....	\$ 735,360.00
Del Presidente de la República.....	„ 52,880.00
Del Poder Judicial.....	„ 488,290.00
De la instrucción pública.....	„ 334,920.00
Suma.....	\$ 1,611,450.00

“De modo, que con sólo las asignaciones que pasaban á la caja particular del Emperador y de la Emperatriz, bastaría para pagar hoy en México á los tres poderes y á todos los colegios y escuelas, y todavía sobraba una fuerte cantidad.



“El Ayuntamiento de México, á pesar del aumento de sus rentas, quizá no colectará un millón de pesos cada año, y con esto sostiene todos los establecimientos de beneficencia, cárceles, alumbrado de gas, empedrados, paseos, etc., etc. Cuando se entra en el análisis de estas cosas, no hay contestación ni disculpa satisfactoria.”

En Julio de 64, en la época á que nos estamos contrayendo, quedó casi establecida la casa Imperial, es decir, una reunión embarazosa de criados de casaca y de librea y de personajes inútiles, que para nada servían si no era para aumentar los gastos y hacer odiosa aún más esa institución, por la doble ó triple muralla que tenían que asaltar las personas que llevaban asuntos cerca del Soberano, rodeado de personas de trato y maneras repugnantes, muchas de las cuales ignoraban hasta el idioma del país:

Almonte, que se titulaba gran mariscal de la Corte y ministro de la casa imperial, tenía un sueldo de diez mil pesos al año; Sechertzenleener, que se dijo que era un sabio profundo, disfrutaba al año 4,500 pesos; Bombelles, disfrutaba además de su sueldo de Coronel, una gratificación al mes de 108 pesos; Semeleder, médico, al mes 208 pesos; Negrete, Secretario del Gran Maestro de Ceremonias, al mes, 225 pesos, y así otras personas que aparecían como empleados, sin contar el número crecido de alabarderos, jardineros, mozos de estribo, criados de cámara, jefes de cocina, galopines, pasteleros, etc., etc.

Según las cuentas que tenemos á la vista, los gastos de cocina eran exorbitantes, lo mismo que los de la compra de vajillas y otros útiles por el estilo, y la manutención de muchos parásitos, como las condesas de Zichy y Kolomich, que vivían con todo y criados á expensas del Emperador, y el General Woll, que además de su sueldo de general, tenía una gratificación de cien pesos mensuales, y asiento perpetuo en la mesa imperial.

Júzguese por lo anterior, lo que se gastaría en la conservación y lujo de los palacios, ó residencias reales como se decía entonces.

Estas eran varias. Al antiguo Palacio de los Virreyes, se le llamó Palacio Imperial; á Chapultepec, *Alcázar*, en cuya reposición y embellecimiento se gastaron gruesas sumas que se entregaban á un austriaco llamado Schaffer. Además, se compraron varias propiedades en Cuernavaca, y se les puso por nombre los palacios de *Olindo* y *Cuernavaca*.

Quedó todo esto unido en el ceremonial, gastos y dirección á los castillos de Ultramar, es decir, al de Miramar.

La guardia palatina, cuyo jefe era el conde de Bombelles, fué formada en su mayoría de extranjeros, á quienes se les dió un vistoso y rico uniforme; se reconoció el título de la sangre y casa real mexicana de la familia de Iturbide, y se organizó *el gran séquito* que se componía de cuatro ó cinco señoras sexagenarias, que eran grandes cruces de San Carlos; del Gran Mariscal Almonte; del Presidente del Consejo y de siete secretarios; del gran maestro de ceremonias y del único conde mexicano, cuyos nombres y títulos, muy parecidos á los de los antiguos virreyes, son dignos de pasar á la posteridad: Don Antonio Diego de la Luz, Suárez de Peredo, Hurtado de Mendoza, Paredes, Rochel, Vivero y Velasco, Beaumont y Seré, conde del Valle de Orizaba, vizconde de San Miguel, Caballero de los Olivos y Amillaga, gran chambelán de la Emperatriz, etc., etc.

Detrás de este *noble*, seguían los consejeros del Estado, los consejeros honorarios, los grandes cruces de la Orden de Guadalupe, los ayudantes de campo, las cruces de San Carlos y los Generales de División.

Los chambelanes, ya residentes en México, ya fuera de él, eran de 36 á 40, pues día por día se hacían nuevos nombramientos; los médicos de cabecera dos y los consultantes siete; los caballerizos cinco ó diez, y las damas de honor y de palacio cosa de 40.

Tal era la Corte de Maximiliano en la época, ó más bien, en el año á que hemos llegado de nuestra narración: hemos dado una sucinta idea de ella, valiéndonos del inapreciable trabajo llevado á cabo por el inteligente y laborioso Payno; y ante hechos tan notorios y con presencia de cifras tan elocuentes, sale sobrando cualquier comentario, pues nosotros al exponer unas y otros sólo hemos tenido en cuenta nuestro deber de historiadores, y la esperanza que abrigamos de que el conocimiento de aquellos servirá de terrible lección y laudable ejemplo, no menos que de poderoso motivo para colocar en el lugar que corresponde á esos hombres eminentes, defensores incondicionales de la libertad y la Independencia, que prefirieron toda clase de privaciones y sacrificios á los goces vergonzosos de un bienestar comprado con la ignominia.

